

## Jules Supervielle

Una Obra Jamás Interrumpida

Por Guy Dumur.

*La traducción del francés del presente trabajo de Guy Dumur sobre el gran poeta francés Jules Supervielle —nacido en Uruguay y recientemente muerto en París—, y la de los dos poemas del poeta, fueron realizados por José Ramón Heredia, especialmente para esta Revista Heredia es poeta de sensibilidad nueva y, además, un estético de la poesía, de quien ha dicho uno de sus críticos, el francés René Durand, que “no debe ser fácil encontrar un poeta tan consciente de su arte” y que “en él la creación poética se junta estrechamente con una visión muy lúcida de la historia de la poesía”*

Yo no creo que los poetas puedan morir. Ningún gran escritor puede morir, en tanto haya hombres que los lean. Pero no es esto lo que quiero decir a propósito de los poetas. Ellos no tienen necesidad de ningún intermediario, necesarios éstos a la palabra del novelista y del filósofo: personajes ficticios o ideas que mueven las sociedades. El poeta durante toda su vida busca su verdadero camino, que es, ante todo, el suyo, pero que también es el de la naturaleza entera —el de la vida y el de la muerte— la muerte, la de todos los hombres que no cesan de renacer y de morir.

La poesía no es, no puede ser, contingente. Ella es el hilo de Ariadna que nos conduce, a través de los milenios, a través de las sombras, hacia las luces del pasado. Porque la poesía es fuente de vida sus formas varían mucho menos de lo que podría creerse, y ésta es la inmensa verdad de la poesía contemporánea, la de haberla reencontrado, más allá de las retóricas herencias del clasicismo, un lenguaje, un *logos* que reuna la perennidad de la poesía universal.

Yo no quiero abusar de la palabra *catharsis*, pero no creo, sin embargo, que sea posible reencontrar las fuentes de este lenguaje, a la vez íntimo y universal, sin una pureza que excluya todo compromiso con el mundo actual, o más exactamente, con el mundo, tal como

es representado en los diarios o en las literaturas de grandes tirajes —representación ésta que influye en la psicología y en el gusto de nuestros contemporáneos

La mayor parte de los poetas de nuestro tiempo —y esto después de Baudelaire y de Rimbaud— han llegado a esta soledad, necesaria en la violencia y en el desgarramiento. Uno sólo, parece ser —pero sería necesario hacer una especie de excepción para con Saint John Perse—, ha llegado a esta purificación por su naturaleza misma, sin que una decisión exterior a él la haya determinado. Y este poeta es Jules Supervielle.

La humorada de Pierre Emmanuel, “Supervielle me ha curado de Rimbaud”, va más lejos de lo que se piensa. Supervielle es efectivamente el que ha reconciliado la poesía con ella misma y el lenguaje con la más natural sensibilidad. Al releer, como yo acabo de hacerlo, las principales etapas de esta obra de una perfecta unidad, se sorprende uno ante el acuerdo absoluto que existe entre las intenciones del poeta y su expresión íntima, al punto que la intención, o, si se quiere, la inspiración, las imágenes y el ritmo, son borradas en provecho de una realidad que no nos es impuesta a la fuerza, sino que se insinúa en nosotros como el agua en la arena.

Si se quiere situar a Supervielle según las categorías de Bachelard, se vacilaría en colocarlo bajo el signo del agua o bajo el signo del aire. Sería menester encontrar un mundo intermedio, quizás el de los árboles, el de las plantas, que participan a la vez del agua, del aire —los que restituyen sus elementos más puros— y de la tierra, pues, terrestre es también la poesía de Supervielle. Esta amistad hacia los hombres, hacia los animales, pertenece a una naturaleza que no supone una organización social —ni histórica— bien definida. La presencia del hombre y del mundo creado es presentada en su frescura primitiva. Es, para emplear el título de uno de sus libros, la “Fábula del Mundo” tal como ella se lee: con los ojos y con los oídos. También con las palabras del poema, pero entonces éstas son las más simples y las más simplemente acordadas o coordinadas. Y sin embargo...

Y sin embargo esta presencia en el mundo se dobla de una ausencia, de un como esfuminamiento que no cesa de recordar al poeta la fragilidad del hombre. En la terrible claridad que ha caído sobre la muerte de Supervielle, esta obra aparece toda impregnada de la idea de la muerte. La noche, la profundidad, parecen agrandar esta “naturaleza”, que podría creerse tan fácilmente accesible. Desde *Gravita-*

ciones a *Olvidaza Memoria*, la melancolía asombrosa, por su obstinación en querer negar un mundo tan amable.

Es en eso en lo que reside la grandeza de Supervielle. En querer, como lo ha dicho otro poeta, "cantar el mundo en su nacimiento". El no pudo evitar el ver más allá de él mismo y de las cosas, de dar a las apariencias mismas su doble ultra-sensible, como en un pensamiento platónico largamente asimilado por los siglos.

Nacido en Uruguay, como Lautréamont y Laforgue, Supervielle frecuentemente realizó la larga travesía del Océano. Fue un hombre afortunado, padre de una familia extraordinariamente unida en la cual se reflejaban sus dones. Si no hubiera estado tan estrechamente ligado a la vida literaria de nuestra época, se estaría tentado de ver en él un solitario. Uno de esos personajes de tiempos antiguos o del mundo oriental, a la búsqueda de una perfección de la que él conocía las voces secretas. Yo creo que Jouhandeau, hablando recientemente de Supervielle, no erró al decir, desde la introducción que hizo, que "poca diferencia hay entre un poeta y un santo". Lo que le permitía decirlo de él era, justamente, esa manera de estar y no estar en el mundo, que caracteriza la vida y la obra de Supervielle. Este hombre colmado de todos los beneficios de la tierra usó de ellos con una moderación tal, que se está tentado de ver en ello una cierta clase de heroísmo, si no se trata, sobre todo y en fin de cuentas, de la más justa utilización del lenguaje humano.

El retrato que se podría trazar de él a través de sus personajes de novela, tales como el señor Guanamira (*El Hombre de la Pampa*), El Coronel Bigua (*El Ladron de Niños, La Superviviente*) y el maravilloso "Joven del Domingo", que nos dio hace algunos años, personajes de fantasía y de ternura que rinden cuenta, de manera más inmediata, de esta transparencia, de esta discreción, sería retrato fiel. Los personajes de la *Bella Durmiente*, cambiados en imágenes al final de la pieza; Robinson en su Isla, con sus visiones; Shéherazade; Simón Bolívar mismo, sin olvidar al Coronel Bigua, encarnan en el teatro, y con los mismos títulos de los personajes de Shakespeare en las piezas que tradujo Supervielle, lo que parece imposible de mostrar: la transparencia, lo invisible. . . En los poemas, bien entendido, ese enfoque de la nada es todavía más sensible. Pero para hacer surgir estos fantasmas —y es a esto a lo que yo quería llegar—, Supervielle no tiene necesidad de ningún aparejo, de ningún mecanismo romántico. Ni alquimista ni gnóstico, sino más bien tentado por el humor, él acierta

a darle al misterio los más naturales aspectos. Sorprendente acierto de una vida y de una obra, de un lenguaje y de una sensibilidad

Por todo esto, es imposible hablar en pasado. Más tarde, los historiadores de la literatura dirán, sin duda demasiado mal, por qué uno de los períodos más perturbados de la Historia ha podido producir este equilibrio perfecto, este sistema que nada debe a la tensión de la retórica —como fue el caso de Valéry y de Giraudoux—, y ha podido instalar en el corazón de nuestro mundo al último poeta de la naturaleza.

Por mi parte, yo quedo persuadido de que las dos culturas de Supervielle, la española y la francesa le han permitido evitar los peligros de la una y de la otra *el "gongorismo"* y el "intelectualismo". Pero creo también que sólo la poesía de nuestro tiempo —en defecto de tiempos mucho más viejos o de civilizaciones más alejadas de la nuestra— puede todavía permitir que se manifieste la pureza de un lenguaje y de un alma privilegiada. No es esto como para llevarlo al *haber* de nuestro tiempo, que trata por sobre todo de vivir fuera de los caminos de la poesía, sino sólo al *haber* del poeta, que ha sabido durante toda una vida, permanecer fiel a esta pureza.

Bien sé que se me podría objetar que la transparencia y la constancia del lenguaje poético de Supervielle no era posible sino mediante una lengua —aquella común a todos— afinada por los siglos, manejada y *remanejada* por docenas de poetas que han obtenido de ella misma su perfecta utilización. Pero esto sería porque quizás yo me haga entender mal. Sin soñar siquiera por un instante en negar la pertenencia de Supervielle a un fondo común de la poesía francesa, que nadie amó más que él, yo creo que acertó a realizar el milagro de hacernos olvidar que él se servía de las *palabras*. Los agradables versos que él ha escrito y las grandes frases de un solo sople, el humor y la melancolía, la contemplación y la angustia han sido su propia respiración. Más que eso: todo cuanto ha escrito cesa de pertenecerle en el momento mismo en que ha sido escrito. Las palabras, entonces, o mejor los ritmos, que nunca han dejado de ser los suyos, reencuentran su destino primitivo y teológico: al nombrar las cosas, ellas se crean; apenas diferentes de lo que son y por tanto cambiadas: tales las palabras metamorfoseadas por la música, tal nuestra tierra en el momento en que el sol se levanta.

Un presente tal, no caerá en olvido. Ahora que Supervielle ha entrado en la grande eternidad de los poetas, debe recordarse que él

había iniciado aquí abajo el camino hacia esa eternidad. Una eternidad que podemos sentir dentro de nosotros, leyéndolo, en el momento en que nos sentimos solos y desamparados. Es entonces que su voz puede hacernos bien. Ella nos recordará la extraña fuerza de esta debilidad y de esta desnudez. Ella nos recordará, sobre todo, que no hay posible muerte para los poetas, y que amándolos, nosotros comprendemos un poco el sentido de esa inmortalidad.

## POEMAS DE JULES SUPERVIELLE

Versión del francés.

*A L S O L*

*No se trata de ser el fuego, sino de hacer un poco de fuego  
cuando se tiene frío y la humedad quiere reinar sobre nosotros poco a poco;  
no se trata de ir siempre sobre una gran ruta prevista,  
sino de poder vagar un poco como lo hace el asno que ramonea,  
no se trata de estar en todas partes, sino de poder elegir un pequeño rincón,  
llámesele árbol, casa o mujer, o bien, pedazo de pan  
Un día yo te explicaré lo que son el cielo, las estrellas  
y lo que tú mismo eres, en tu oro inocente  
Yo te trazaré algunos croquis sobre la pizarra negra de la noche,  
pero si tu quieres ver claro allí, debes venir con todos tus fuegos apagados*

---

*¡Oh! vida, en la que empujan sin esfuerzo,  
la voluptuosidad, las señoritas  
y los que se ven privados de ellas.  
Los años induciéndolos a su error*

*Se pretende que ellos son todo dulzura  
esto no es así para quien los soporta,  
los cabellos grises no dan tranquilidad  
sino en apariencia, y sin calor.*

*La vejez empuja sin ruido,  
silenciosa catástrofe,  
y nos lleva de estrofa en estrofa  
hasta la gruta del olvido*

*JOSE RAMON HEREDIA.*

El presente estudio y los poemas, han sido tomados de la revista  
“MEDECINE DE FRANCIA” que atiende por igual la ciencia y el arte